

ISBN 978-950-33-1642-9

Edición de
GABRIELA MILONE
FRANCA MACCIONI
SILVANA SANTUCCI

Imaginar/hacer.

Ficciones teóricas para la
literatura y las artes
contemporáneas



Imaginar / hacer

Ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas

Edición de

Gabriela Milone
Franca Maccioni
Silvana Santucci

**Colecciones
del CIFFyH**



Imaginar-Hacer: ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas / Gabriela Milone... [et al.]; editado por María Gabriela Milone; Franca Maccioni; Silvana Santucci. - 1a ed compendiada. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1642-9

1. Literatura. 2. Arte Contemporáneo. I. Milone, Gabriela. II. Milone, María Gabriela, ed. III. Maccioni, Franca, ed. IV. Santucci, Silvana, ed.

CDD 809.305

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Julieta Cuervo

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Territorialidad móvil

Escritura, imaginación y territorio en *Tigre* de Javier Cófreces y Alberto Muñoz

Julietta Cuervo*

¿Puede el poema convertirse en territorio?, ¿qué formas pueden adoptar las políticas sobre el espacio en la literatura?, ¿qué deviene de la convivencia entre poética y paisaje?

Algunos de estos interrogantes encabezaron la investigación que se origina a partir de la lectura de *Tigre*, un libro escrito a dúo por Javier Cófreces y Alberto Muñoz editado en el año 2010 en Buenos Aires por Ediciones en Danza¹. El mismo compila textos sobre el Delta del Pananá. Las insistencias presentes en sus páginas, y un modo particular de evocar al paisaje insular nos llevaron a trazar posibles relaciones estético-filosóficas entre escritura, imaginación, territorio y temporalidad. Partiendo de una afinidad con la idea de *territorialidad* ensayada por Deleuze y Guattari (1997), buscaremos un cruce con pensamientos contemporáneos en torno al vínculo entre territorio y escritura. Tal es el caso Roxana Páez (Cf. 2013), que recupera la idea de *Topofilia* de Bachelard para pensar poéticas sobre el espacio argentino e indagar en el modo mediante el cual el paisaje se inscribe en la escritura bajo la forma de una atracción. Así mismo, Isabel Quintana (2011) habla de *topotropografía* para explorar las implicancias políticas de ciertas descripciones topográficas y un determinado uso de la lengua para nombrar un lugar. Nicolás Rosa (1997) recurre a la figura retórica de la *deltificación*, retoma la lógica freudiana para pensar formas

¹ Ediciones En Danza es una editorial especializada en poesía, aunque su catálogo cuenta con una diversidad de géneros. La propuesta surge como continuación de la revista de poesía La Danza del ratón, publicada durante 20 años (1981-2001). Desde 2015 cuenta con la colección "Biblioteca isleña" (formada por textos vinculados al Delta entre los que se encuentran autores como: Marcos Sastre, Santiago Albarracín, Roberto Arlt y Félix de Azara). Javier Cófreces, autor de *Tigre*, es miembro editor y, junto a Alberto Muñoz, suman una veintena de títulos publicados en el sello. *Venecia Negra*, *Canción de amor vegetal*, *Los frutos del apetito*, *Titanes* y *La peste*, son algunos de los títulos que, junto a *Tigre*, han sido escritos en conjunto por los autores.

* Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
julietta.cuervo@gmail.com

divergentes de leer la poesía comparando la escritura poética a las islas. Solo prevalece la significación que insiste – dice el autor – como una lucha constante de sentidos.

En esta trama de pensamientos ensayaremos una lectura posible de *Tigre*, considerando que entre escritura y geografía, en este caso, reconocemos un devenir “entre las dos, fuera de las dos, y que corre en otra dirección” (Deleuze, Parnet, 2002, 15).

Tigre, como lo afirma Isabel Quintana, se trata de un proyecto estético mixto cuya escritura se prolonga del 2003 al 2009 en el que “se unen poesía, prosa e imágenes en un intento por recrear una topografía indecible entre lo real y lo imaginario” (Quintana, 2011, 231)². El libro se divide en tres partes: “El delta”, “Poética isleña” y “Glosario de islas y barcos”. En él nos encontramos con el relato de las primeras voces de observadores que imaginaron esas aguas del Delta del Tigre en el siglo XVI: exploradores, navegantes, científicos, comerciantes y primeros turistas; así como también la evocación a los textos de Sarmiento en sus primeros avistamientos a la zona y las descripciones sobre sus habitantes *anfíbios* (los *Carapachayos*) y Marcos Sastre, su colaborador, que en *El Tempe argentino* (publicado por primera vez en 1858) reunió innumerables apreciaciones sobre la flora, fauna y actividades de la zona. Se suman algunos relatos sobre las metamorfosis de las islas a lo largo del tiempo: modificaciones culturales (como la llegada de la institución católica o el turismo) y otras de orden natural (como inundaciones, el devastamiento de casas y de las primeras iglesias por la fuerza hídrica de los ríos, la humedad y el viento). También incorpora una sección de notas, “Apuntes a bordo”, que emplearon los autores como ejercicio para diagramar su proyecto en vastos recorridos por los brazos marrones del Delta; un relato que conjetura sobre el suicidio

² El proyecto estético-literario cuenta con un trasfondo anecdótico que nos parece importante rescatar. Los autores exploran el paisaje y su poética desde su permanencia itinerante en las islas. Hacen comunidad con isleños que luego forman parte de sus proyectos (tal es el caso de Marisa Negri, poeta y docente de la Segunda Sección de las islas que llevó adelante el proyecto de Biblioteca Isleña Santa Genoveva). *Tigre* se inicia como pensamiento poético al mismo tiempo que sus autores habitan la vida insular e inician las travesías en canoa que forman parte de la materialidad de la publicación sobre la que aquí reflexionamos. Dice Alberto Muñoz: “El Delta, en mi caso -explica Muñoz vía correo electrónico- es un hemisferio cerebral. Allí están las fijaciones, la pobreza, la infinitud, las ramas y los árboles posibles, el río, las canoas, los perros y el cielo o el espejo propio de los hongos. Eso a veces coincide con el paisaje y a veces no. Ahí están, en ese territorio, las ranas, los grillos y los musgos. Ahí, en ese tejido, en ese telar, se expresan historias de orilleros, historias oscuras y bellas. La isla aislada, repele, se come todo con sus fauces de tierra y raíces, pero ese animal es el que amamos.”

de Leopoldo Lugones y de otro Lugones, un trompetista de jazz. Otros apartados integran bestiarios, un poemario atribuido a Celso Caragatto, supuesto autor chaqueño de principios del siglo XX, historias de mujeres piratas, el relato del primer pornógrafo de las islas, leyendas de seres prehistóricos que habitan las profundidades del río, propiedades curativas de plantas y animales, un poemario isleño de los autores llamado *Canción de amor vegetal*, un almanaque surreal de las islas que pronostica y describe mes a mes acompañado de las ilustraciones del artista plástico Horacio Rodríguez Gerpe, la descripción de elementos que rodean el paisaje isleño e ilustraciones y dibujos de alumnos de escuelas de la zona.

Este mapa general, nos permite adelantar que entre sus páginas encontramos un complejo entramado de registros, compilaciones, observaciones, escrituras propias y ajenas, reales y apócrifas mediante el cual los autores imaginan la *territorialidad* de la región del Delta argentino, bajo lo que denominan como *Ojos de tigre*. En este proyecto observamos que prima menos un intento de reconstrucción historiográfica que la búsqueda por reponer la modalidad cambiante del territorio, sus imágenes heterogéneas, sus pliegues temporales, la multiplicidad de voces de aquellos *ojos* que han podido evidenciar estos movimientos. Introducimos una cita fundamental para el inicio de nuestro recorrido:

La isla es un sistema inestable, dinámico o cuántico que transcurre como Dios, fuera de nuestros intereses. La isla que nosotros escribimos no está en la isla, pero esa naturaleza menor e inventada nos ha brindado una buena parte de la felicidad. *En este libro esa territorialidad está concebida como poema* (Cófreces & Muñoz, 2010, 9) [Las cursivas son nuestras].

Tigre es un proyecto que se anuncia como hibridación de una experiencia³ con el territorio y con la poesía. La escritura funde y funda una

³ En este caso no solo implica una experiencia con la materialidad sino también con la escritura, es decir, con el de nombrar la visualidad del territorio. Gabriela Milone, trabaja reflexiona sobre la experiencia poética planteando que ésta implica siempre un riesgo y un peligro, algo que ya en su etimología percibe: "(...)el prefijo latino 'ex' como indicador de una 'salida de sí'; del latín también, el verbo 'perior' y el radical 'periri' que se relacionan directamente con 'periculum', lo cual dice algo sobre el riesgo, el peligro que supondría esa 'salida'; y la raíz indoeuropea PER que se relaciona con un 'pasar a través' y con la prueba arriesgada a la que se sometería en ese paso" (Milone, 2014).

Desde esta perspectiva la apuesta de escribir de y desde el territorio nombrado involucra una experiencia de lo mirado en la escritura que no se queda en el espacio de protección de la contemplación, experimentar implica la puesta en peligro, un salir al encuentro con la materialidad y un desafío constante con el lenguaje como posibilidad (o no) del nombrar.

territorialidad en un ritmo poético acuático, lo barroso e insular. Y también en la forma en la que la inestabilidad del movimiento fluvial opera en la escritura poética produciendo desplazamientos, saltos, interrupciones, omisiones, repeticiones, *orden y caos*. Leemos en *Tigre*: “El único modo posible de habitar una isla es ordenándole su caos. En ese caos propio de lo cerrado para sí no hay inclusión que no se presente como invasiva. No hay paraíso isleño salvo que entremos a él con hachas y motosierras” (Cófreces & Muñoz, 2010, 9).

Proponemos llamar “territorialidad móvil” al espacio en el que cohabitan la geografía, el paisaje y la escritura. Pensamos que el modo en que se integran los registros y géneros no sólo dan cuenta de una convivencia sino que lo hacen en sintonía con la movilidad del espacio que nombran: poemas que cantan a la vegetación y los muertos, relatos que recuerdan historias de vida, apuntes que documentan lo mirado. Insistimos en la idea de movimiento porque cada uno de estos “géneros” es trabajado en la escritura desde el límite de las fronteras que lo definen. Es el caso de las biografías documentadas con fotografías, actas y testimonios que no pueden ser confirmadas más allá de la presente lectura. Los apuntes y registros de observaciones rompen toda promesa de descripción transformándose en poema. No solo hay un territorio “deltificado” de géneros, sino que en esa “territorialidad móvil” éstos funcionan como las mismas islas que se modifican, inundan, sedimentan y no logran unificarse de manera definitiva.

Territorialidad móvil

La idea de *territorialidad móvil* se extiende en el marco de lo que pensamos como un recorrido literario que elabora relaciones en y desde la topografía nacional; que refiere, organiza, significa y politiza los espacios que nombra. Con esta noción recuperamos cartografías que se cargan, a su vez, con las huellas y fantasmas de los nombres que reciben. El desierto, las ciudades, el monte, el Paraná y el Delta del Tigre han sido algunos de los lugares que han conformado los paisajes de la literatura en diferentes épocas, paisaje pensado como “monumento, como lugar y como imagen, de su propio proceso de poner en relación, de forjar agenciamientos entre cuerpo y entorno” (Andermann, 2013, 35).

El Delta está constituido por una serie de ramificaciones y sedimentos multiplicados en brazos que se unen y dividen formando canales que

permanecen en estado activo e inactivo. Diversos textos literarios fundantes han insistido en reconocer que las islas deben su existencia a los sedimentos que arrastra el río y en consecuencia se ven afectadas por la fuerza hídrica del mismo, como es el caso de D. F. Sarmiento (1855) y M. Sastre (1858).

En *Tigre* la escritura se encuentra a sí misma *deltificada*, en parte gracias a la variedad de las materialidades discursivas (poemas, biografías, almanaques, textos históricos, relatos, textos científicos, apuntes, catálogos), plásticas, fotográficas y temporales del libro. Todas integran un amalgamado que podemos imaginar como “sedimentos” constitutivos de este delta literario. El texto conserva una unidad, nos permite recorrer los apartados que lo integran en su individualidad pero al navegarlo participamos de ese proceso de sedimentación que no es parcial ni total, sino una amalgama, como una constelación que en algunos puntos se conecta, se superpone, se subordina y se dispara hacia otro lugar o se pierde en el espacio. La materialidad y los modos de nombrarla, se potencian bajo la experiencia de una temporalidad extrañada que los textos exponen y que intentaremos abordar a lo largo de éstas páginas. Lo accidental, lo aleatorio y disruptivo nos permite problematizar la lectura y entender el texto más allá de la descripción. En ese sentido cuestionamos ¿qué implica re-pensar una territorialidad?, ¿cuáles son las implicancias estéticas y políticas de reconfigurar el espacio nombrado?

El Delta del Tigre es un accidente geográfico que constituye una manifestación disruptiva en una planicie producida por la desembocadura de ríos en el mar de mareas suaves, es multidimensional, funciona a través del desvío, de la grieta, y está formado por otros deltas que se suceden multiplicándose hasta su desembocadura. En nuestro corpus percibimos el comportamiento delteano en una voz que arrastra otras textualidades y las re-encausa, resignifica a partir de esos desvíos. La lógica accidental, y aquello que irrumpe, no solo destruye, también trae y desentierra. Lo fortuito constela uniendo y deshaciendo. La escritura cristaliza esos movimientos y tensiones en medio del caos y las convierte en su propio territorio. La constelación propone nuevas relaciones materiales y temporales (temporalidad, dicho sea de paso, que se muestra ancestral y fugaz al mismo tiempo).

Es por eso que cuando pensamos la idea de una territorialidad no la reducimos al mapa o al paisaje, ni buscamos establecer una coinciden-

cia del tipo descriptiva de la escritura respecto del espacio geográfico que nombra. La territorialidad se visibiliza *entre* la materia y el poema.

La idea de *territorialidad móvil* es por lo tanto una categoría construida en el intervalo relacional entre el plano del espacio y el del procedimiento de escritura poética. Insistimos en la idea de movilidad porque encontramos que es un rasgo distintivo de esa relación presente en el espacio y la escritura a la que pensamos heterogénea, imprevisible, intempestiva y atravesada por una multiplicidad de temporalidades. El apartado llamado “Cementerio Móvil” se presenta como la recuperación de un manuscrito hallado en el Museo Antropológico Regional de Resistencia. Es un poemario que se le atribuye a Celso Caragatto, supuesto poeta del Delta que termina su vida en el arroyo Durazno de la segunda sección de las islas en febrero de 1947. En la presentación que da lugar a los poemas se menciona que Sarmiento nombra, en uno de sus diarios, a la familia del supuesto escritor como carpinteros trabajadores, pertenecientes a un contingente aborígen instruidos por jesuitas. Pero no se especifica mucho más sobre la procedencia de los textos que lo conforman.

Los poemas que lo integran hablan de cómo las aguas del Delta se transforman de diversas maneras en el camposanto por el que se dejan llevar los cuerpos, relatan sobre muertes y cuerpos de las más diversas procedencias que acuna el río. La documentación y referencias sobre este autor de fines del siglo XIX es improbable. Lo que importa, en todo caso, es poder leer allí la otra cara de la riqueza y proliferación de las islas, la de la putrefacción, la muerte, la descomposición de un territorio *olvidado por los dioses*. El río lleva todo, lo pierde, lo pudre pero también lo conserva: en el fondo barroso permanece latente su residuo. Es entonces lo que se hunde o lo que el río lleva y ya no se ve algo que forma parte de ese paisaje que intentamos comprender: “Las cosas que se hunden / tienen su providencia” (Cófreces & Muñoz, 2010, 349) reza el poema.

Venenos y bichos
que se aposentan
debajo de los ranchos

Agua en estado de pudrición
que manda alguna divinidad chupada,
no hay otra forma de entenderlo
(Cófreces & Muñoz, 2010, 359).

En el apartado “La dama de los botes” se cuenta la historia de Piero Mategrano, nombrado como el primer pornógrafo de las islas. El relato se cita a través de la documentación recopilada y guardada como un tesoro por su hijo Olímpico. Con cierta vergüenza Olímpico relata las aventuras de su familia. Se adjuntan fotos de la familia, algunos relatos de antepasados y las propias fotografías sacadas por el “pornógrafo”. Un documento plagado de “evidencias” que juega en el borde entre lo ficcional y documental. Olímpico cuenta, además, cómo su abuelo había llegado con planes de organizar una comuna agropecuaria en el trazado de las islas, distribuyendo equitativamente la producción y socializando la educación, proyectando un sistema sanitario avanzado y una red autónoma de transporte fluvial. En el marco de sus planes para la región soñaba con un registro fotográfico exhaustivo de las islas. Con el tiempo lo logra y su hijo -que lo conocía solo por algunas fotografías que habían llegado a Montevideo- viaja a su encuentro y allí descubre la gran empresa de su padre, la cual lo sorprende y a la que se entrega compartiendo su pasión. Con el tiempo el registro de lo natural se transforma en una obsesión por la cultura, las prácticas y las personas hasta que se vuelca a los desnudos de mujeres. Se trató de un estudio tan completo que planea publicar en Europa con el nombre de *La dama de los botes*. Al morir su padre se viene abajo el proyecto pero él conserva su pasión por la fotografía. Se relata que en un robo se encuentran los archivos de ese trabajo y los lugareños (enfurecidos al descubrir desnudas a sus mujeres) lo van a buscar pero él ya no está y nunca más se sabe de su paradero. Años después Olímpico encuentra en un puesto en Parque Rivadavia una publicación francesa bajo el título *Le studie femme* que reunía los archivos de su padre con sus páginas recortadas y yapadas como si hubiesen sido sometidas a cierta censura. Hay una lectura posible que se sugiere al final del relato y es la de una contraposición entre lo huidizo y lo perdurable: Olímpico reconoce en las fotografías el proyecto de su padre, el registro de lo joven, lo vivo, lo hermoso tanto en las mujeres retratadas como en las composiciones de las imágenes, pero también distingue allí la única posibilidad de conservar.

Nada se mantiene vivo en la isla por demasiado tiempo, muchachos, la intemperie lo destruye todo. La única forma de conservar para siempre su belleza es detectar el momento de esplendor y apretar el obturador; es lo que hizo mi padre, disparar, disparar, hacer foco y disparar, cumplió con su misión de fotógrafo (Cófreces & Muñoz, 2010, 70).

El espacio vivido

Lo que supo ser el mapa del Delta con sus canales, afluentes, islas y características vegetales y animales ha cambiado a lo largo del tiempo. La tierra descrita en las crónicas de viaje de Sebastián Gaboto o Juan Díaz de Solís distan mucho del paisaje actual ya que el desarrollo de algunas áreas geológicas todavía no estaba en formación hace quinientos años. El tiempo geológico suele ser imperceptible a los ojos humanos, sin embargo el sistema dinámico del Delta propone otras temporalidades. Así mismo se registran cambios en el vínculo de las personas con el espacio, en la forma de ocupación, de explotación y de habitabilidad. Si bien en parte estos movimientos demográficos estarán determinados por las características del suelo y el agua del Delta (que hace que gran parte de su población haya tenido un vínculo no estable con el lugar) también encontramos registros que dan cuenta de diferentes motivos e intenciones por las cuales las personas han llegado a vincularse o residir en esta zona. Hay para quienes el Delta fue promesa de progreso como Juan de Garay, o posteriormente Sarmiento; pasaron por allí comerciantes que consideraron negocios o vías de transporte de carga, naturalistas maravillados con las especies de flora y fauna, poetas que dejaron las tierras, guaraníes que fueron echados o asesinados jesuitas que en su voluntad de misionar construyeron iglesias para ofrecer un servicio pastoral en la región y posteriormente las abandonaron tras grandes inundaciones; otros que dejaron registro del enamoramiento de la fertilidad del suelo y la abundancia vegetal como Pedro Lopes de Souza o Marcos Sastre; y otros precavidos por lo intempestivo de la naturaleza como el militar Santiago Albarracín. La permanencia se gana un destino putrefacto.

Por otro lado, la dimensión descriptiva y simbólica de los ojos que se detuvieron en las islas, atraviesa tantas mutaciones como el espacio, el paso del tiempo y las diferentes personas. El Delta es una región que reúne una gran cantidad de escrituras, aunque no se podría (o al menos preferimos no hacerlo) hablar de una literatura delteana para englobarlas. En parte reconocer esto es lo que guía la configuración de nuestro corpus y habilita la problematización de la reconfiguración en este diagrama de vínculos fluctuantes en torno a esta territorialidad *entreverada* que estamos pensando.

En “Ojos de Tigre” encontramos un recorrido por las primeras escrituras de las que se tienen datos, todas ellas guiadas por una especie de fascinación, atracción, imán con el lugar. Los primeros registros forman parte de un proceso exploratorio, por tanto predomina la descripción, la comparación, llenas de connotaciones de “descubrimiento”; es el caso de los navegantes europeos que recorrieron el lugar: “Los ojos de aquellos navegantes europeos contemplaron sorprendidos los alardes de una naturaleza exuberante, y transcribieron en rollos y folletos, que ponían a disposición de la corte, esa visión fascinada pletórica de verde y marrón” (Cófreces & Muñoz, 2010, 17). En algunos relatos aparece incluso una relación de magnetismo, hechizo con el entorno, no del todo comfortable pero que manifiesta una gran atracción, lo vemos en palabras de López Souza en *Terra dos Carandis* citado en *Tigre*: “La tierra más hermosa y apacible que pueda ser (...) todos estábamos espantados con la belleza del lugar y andábamos tan pasmados que no nos podíamos volver” (Cófreces & Muñoz, 2010, 18). Si bien la idea de espanto ante la belleza puede ser un recurso retórico recurrente, en las descripciones del territorio abundan las referencias a la desmesura, lo desbordante; en cierto modo es esta característica la que encanta y asusta al mismo tiempo, la que hace del Delta un paraíso y a la vez un infierno en donde conviven relatos que parecieran referirse a dos realidades distintas:

No quedaron restos de la contemplación misionera que vinculó mística con supervivencia, excepto mínimos rastros –no escrituras- en la costa del arroyo Pay-Carabí. La visión de aquellos ojos pasó de largo ante el resto del mundo, excepto a la vista del cruento yaguareté, que abrió su boca y tragaba cuanto encontraba a su paso.

[...]

El semblante de los ángeles, los íconos religiosos y las maderas flotaron sobre las aguas. Avanzaron con un líquido no purificador. La embestida de la naturaleza permitió que se formara un canal aliviador que sirvió como resguardo de los barcos que llegaban a la zona (Cófreces & Muñoz, 2010, 19).

O esta cita de los hermanos Robertson, comerciantes ingleses que publican en Londres *Cartas de sudamérica*:

Las ramas de los árboles formaban por momentos un verdadero dosel sobre el pequeño mástil de la embarcación, y apenas podríamos abrirnos camino entre el follaje. Las flores comunes, las siemprevivas, las plantas y los azhares embalsaman la atmósfera con su fragancia. La infinita variedad de matices verdes, el variado color de las flores, los miles de pájaros que cantaban, los más diversos que puedan imaginar y del más hermoso plumaje, daban al conjunto el aspecto de una tierra encantada cuya realidad apenas podemos imaginar (Cófreces & Muñoz, 2010, 18).

Probablemente estas visiones encontradas, esa doble tensión entre lo abundante y lo podrido, la exuberante y lo decadente, la promesa y el temor genera la atracción que convoca a tantas escrituras.

Topografía deseante

En *“Expresiones literarias y estéticas sobre el Bajo Delta Insular”*, escrito por Isabel Quintana (2011), encontramos un recorrido por las más diversas formas estéticas que se han detenido en esa región, pasando por el cine, la fotografía, la literatura y las artes visuales. Es un artículo que tiene gran valor de archivo y recopilación en el que pasa por los ojos de los primeros viajeros hasta el libro que forma parte de nuestro corpus.

Puntualmente nos interesa recuperar algunas nociones que permiten pensar el vínculo espacio/escritura en función de retomar algunas líneas que habíamos planteado anteriormente. Quintana menciona que existe cierta atracción por el sitio, como espacio donde se proyectan las más diversas reflexiones (sobre la historia, ficciones y pensamientos intimistas). Se detiene en las obras de escritoras contemporáneas como Diana Bellessi y Alicia Genovese, leemos en *“El Borde”* (Genovese, 1997):

El Borde

Borde, límite doméstico
medianera al fondo de la casa
que separa el jardín del baldío
como una compuerta que cede
espacios, respiración
Un zorzal
escondido en el ramaje
vestigio y suntuosidad
urbana; agua



escuchada sólo en la sed
en el opacamiento de la hojas entradas a un orden
de despedidas. Río
que mana imaginario
y elemental desmiente cauces
humedece la espalda
la devuelve al límite sin domesticar
a la desmesura del agua desoída. Interior que sobreexpone el
paisaje
a una riesgosa filtración
Borde irregularizado en el arrastre orgánico, plancton
si topografía deseante
el borde es un río.

Esta idea de topografía *deseante* en la que se establece un vínculo con el entorno traza tensiones entre lo humano, lo vegetal, las condiciones de la tierra y el agua, lo animal “como si el paisaje no fuera anterior al ejercicio de escribir” dice Quintana. La idea de topografía, si bien desde la geografía se refiere al procedimiento descriptivo de representación gráfica de la superficie terrestre, al trasladarla al ámbito de lo literario la contrasta con otro tipo de relaciones mediante las cuales los espacios son nombrados. Al margen de la filiación etimológica, como escritura de un lugar, la topografía puede ser pensada desde su aparición en la literatura como el nombre inscripto en un mapa que evidencia *aquello de lo que se da cuenta en el mapa* creando así una *topotopografía* (Quintana, 2011). En ese sentido, abre la pregunta a las implicancias políticas, legislativas y simbólicas que se tienen lugar en el proceso de la escritura.

Roxana Páez en *Poéticas del espacio argentino* piensa el espacio en las obras de Juan L Ortiz y Francisco Madariaga en un diálogo entre lenguaje y naturaleza intentando establecer un vínculo donde lo espacial es escrito por el lenguaje y surge como resultado de una escritura determinada. Páez traza un análisis que entrecruza escritura, autobiografía y espacio. Retoma a Bachelard para pensar la noción de “topofilia” como la “[...]atracción por ciertos lugares que se convierten en espacios de posesión y por eso mismo en ‘espacios cantados’, ‘espacios vividos’ con las ‘parcialidades de la imaginación’ porque son ‘vividos’, diría, en su materialidad escrita” (Páez, 2013, 8).

El procedimiento de escritura en *Tigre* nace de una experiencia con el entorno. Páez elabora su reflexión en torno al paisaje estético y su ins-

cripción en la obra literaria en relación a su carácter no representativo, vinculándolo a la íntima relación del paisaje que nombran, en su caso obras puntuales de Juan L. Ortiz y Madariaga: “Lo escrito no nos devuelve datos objetivos o subjetivos sino, ‘la textura imaginaria de lo real’” (Páez, 2013, 8) plantea haciendo referencia a Merleau-Ponty. Esta textura, que leemos más como movimiento que como materialidad, se configura aquí en términos de territorialidad, en la que resulta “imperioso que la lengua recorra esa naturaleza y la ‘funde’ en la escritura contra ella misma, por su devenir escritura” (Páez, 2013, 159).

El sitio nombrado como espacio vivido supone una filiación con el lugar y, como Diana Bellessi y Alicia Genovese, Alberto Muñoz y Javier Cófreces han dialogado con el entorno desde la atracción por el mismo, se han asentado allí de diversas maneras y construido embarcaciones para recorrerlo, lo que se manifiesta en la escritura en una fusión de subjetividades y miradas que nos permiten imaginar una territorialidad que excede a la materialidad. En 2005 los autores publican *Canción de amor vegetal* que luego integran a *Tigre* como apartado. El mismo está integrado por poemas organizados alfabéticamente sobre especies de árboles que se encuentran en las islas. La estructura enciclopédica se combina con los poemas a los cuales los acompañan una ficha de descripción botánica (nuevamente el borde difuso de la escritura y sus géneros). A cada grupo alfabético lo precede un relato de la travesía exploratoria de la que nace el poemario, en total son cuatro. En los mismos se narra un encuentro inusual con la vegetación en donde esta se expresa con voces de tonalidades variadas: místicas, estridentes, monocordes, pletóricas. La canción de los árboles.

La tensión amorosa entre lo vegetal y lo humano, entre lo inanimado y la escritura, la naturaleza y la poesía se trazan a lo largo de las páginas. Fieles a la experiencia narrada, en cada uno de los poemas son los árboles los que tienen la voz en primera persona:

Laurel

Las plantaciones quemadas
nos hicieron vampiros
y los murciélagos nos temen
Excomulgados de la luz
tenemos un altar
en la desunión
Somos brujos



enemigos del hongo
nadie nos entierra

Amor mío
la llamada es inolvidable
para el pájaro

Para la fogata
del tiempo sin plagas
no hay ciudad de árboles

Nos aborrecen
el tendero
la sacristía y el cerdo

Solo la semilla milenaria
y los antiguos alcoholes fríos
comprenden la victoria

La noche
venció al mundo
y es extraño

Porque en los laureles
hay sombra
que es real y de oro
Y las ramas nuestras
emigran como utensilios
fuera de uso

La gran habitación
de helechos nos apaga
y odiamos los campings (Cófreces & Muñoz, 2010, 385).

Monteleone en “Paisajes de imaginación poética” (2003) piensa cómo el poema latinoamericano se vincula con la geografía. Gran parte de esa relación la observa en el intervalo en el que se funden lenguaje y naturaleza al margen de una subjetividad o realidad tangible: “El poema nombra el paisaje y en ese mundo el yo se sumerge y alcanza su propia identidad” (Monteleone, 2003, 1).

El límite entre el poema y el río también es de bordes difusos, poema río, deltificación poética. Monteleone hecha luz sobre esto proponiendo una lectura que no implica lo uno ni lo otro, sino que justamente piensa el intersticio y cómo en él se genera una tensión o dinámica en la que con-

fluyen lo real y lo imaginario en donde “no se trataría de que el nombre da forma a lo indeterminado, sino que la materia es ocasión para que el poema se determine en ella” (Monteleone, 2011, 149).

Por su parte, Nicolás Rosa en *Lecturas impropias* piensa un discurso esquizográfico, y nos abre hacia una nueva relación, no solo la del Delta que une sino también con la que divide, reúne las dos potencialidades a la vez. Se produce un a-islamamiento, según Rosa, entre el significante y el significado como modos de explorar diversos trazados textuales en relación a la lectura y retoma la lógica freudiana para pensar formas divergentes de leer la poesía comparando la escritura poética a las islas para intentar una retórica en la que los espacios significantes se encuentran ligados, implicados unos y otros en el sistema que los vincula, pero al mismo tiempo los *a-isla*. Solo prevalece la significación que insiste - dice el autor - como una lucha constante de sentidos.

Esa idea de territorialidad poética labrada por lo fluvial no solo implica una complejidad semántica sino, y sobre todo, temporal. De ella dan cuenta las imágenes desplegadas en *Tigre* evidenciando un tiempo que, como mencionamos, no se corresponde con el orden cronológico. De tal modo, observamos que la organización de la escritura acompaña el ritmo y movimiento del río: “el movimiento de la naturaleza es fagocitivo” (Cófreces & Muñoz, 2010, 33).

Se abre así un margen de lectura que funciona como una neblina en un juego entre lo visible y lo oculto expresada a través del movimiento. Nigel Thrift (2006, 141) señala que “todo espacio es poroso y que en todo espacio hay movimiento”, existirían líneas de fuerza que insisten en la posibilidad de desestabilizarlos. Podríamos pensar a la escritura como una de esas variables. En *Tigre* el espacio es movimiento e imprevisibilidad: “La estación fluvial de Tigre congrega pasajeros en tránsito, dispuestos a flotar en una superficie alterable, inconstante y móvil; diferente al plano estático de una cinta asfáltica y a la rigidez del terraplén” (Cófreces & Muñoz, 2010, 407). Lo móvil *es* la territorialidad que no es ni paisaje ni su inscripción topográfica en un mapa sino *escritura topotopográfica / territorialidad poética / espacio deltificado*. Como mencionamos antes, es el estado de relación entre ambas que se muestra con límites difusos, insistencias, latencias, y supervivencias que se “[...]integran al mundo líquido y a la realidad fluida [...]” (Cófreces & Muñoz, 2010, 407).

La escritura móvil

*Nombrar, entonces, no es solamente
inaugurar un mundo, sino darle nitidez
a las diversas formas de lo oculto.*

Isabel Quintana

En *Diálogos* Deleuze y Parnet (2002) plantean que lo que interesa se encuentra siempre al medio, ni el origen ni el destino. Y que en toda huida, en todo viaje en que se traza una línea de fuga tiene lugar un proceso sumamente activo en el que se da un movimiento. En ese sentido la escritura es pensada como una línea de fuga que nos embarca en este desplazamiento que excede a la imaginación.

En “Canción de amor vegetal” se da inicio a un encuentro que nos interesa principalmente por aquello que propicia:

Visco

Ellos han cruzado
el Paraná de las Palmas
a bordo de una canoa
Ahora descansan
están atónitos y sorprendidos
por nuestra voz vegetal

Lo que vemos y oímos
suele impregnar
nuestra corteza de esponja

Un secreto amortajado
una declaración de amor
encienden la inflorescencia cínica

Preservamos una sola certeza:
de los males que atendemos
no digerimos el abandono (Cófreces & Muñoz, 2010, 313).

Siguiendo el hilo de nuestras reflexiones pensamos que esta acción es develadora, opera más como la posibilidad de poner en juego nuevos vínculos en relación a lo que ya estaba ahí, en la materialidad de lo descripto, que el descubrir algo nuevo. Y en este aspecto la línea de fuga es esencialmente un proceso de desterritorialización mediante el cual se traicionan los ejes establecidos de un territorio ya constituido: “Solo hay una manera

de descubrir mundos: a través de una larga fuga quebrada” (Deleuze, Parinet, 2002, 49).

A través de la escritura se abre un encuentro con otro reino, con lo vegetal, lo acuático, lo barroso, lo delteano. Y en este encuentro podemos repensar nuestras ideas iniciales y afirmar que lo que hay no es imitación sino *conjunción, co-funcionamiento*. Eso que en primera instancia reconocimos en la escritura como un modo de emular los ríos observados, ahora podemos pensarlo como un modo en que la escritura deviene río, delta, árbol. En *Diálogos* los autores plantean que existe un modo en que la escritura se convierte en un flujo que a su vez entra en conjunción con otros flujos y que solo cuando ese cauce está desterritorializado es que logra hacer la conjunción. Sin embargo, la idea misma de flujo no implica un lineamiento estanco al cual seguir como una suerte de fórmula para accionar la desterritorialización, sino como “algo intensivo, instantáneo y mutante.” Desde allí es que nos interesa pensar la *territorialidad móvil* profundizar en este encuentro entre escritura y Delta. Tal vez “Canción de amor vegetal” sea el punto de partida que nos permite reconocer que en este viaje tiene lugar un encuentro entre reinos. Al modo del ejemplo entre la orquídea y la abeja que da Deleuze, podemos pensar que ocurre una especie de evolución *a-paralela* en donde los desplazamientos y relaciones que hacen a la dinámica de territorialidad en *Tigre* no solo están ligados a un comportamiento ecosistémico, ni a la referencia del territorio en la escritura, sino a algo distinto. Probablemente por eso se mantuvo como algo inefable hasta el comienzo de la escritura de “Canción de amor vegetal”:

Durante la mañana de aquel domingo imborrable, y mientras éramos llevados por la corriente del río, nos propusimos no narrarle a nadie nuestra experiencia nocturna, mantuvimos la palabra hasta la edición de este libro. [...] La vida nos permitió participar de un fenómeno muy difícil de transferir, aunque (inútilmente) procuramos transcribirlo. (Cófreces & Muñoz, 2010, 288)

En ese encuentro hay construcción y destrucción. *Tigre* deja de ser escritura sobre el Delta para devenir otra cosa, algo distinto, escritura-delta o escritura deltificada, tal vez escritura-delta sobre la escritura del Delta. Porque si en toda línea de fuga hay traición también se traiciona la propia escritura. Nos permitimos imaginar desde esta perspectiva que *Tigre* no

es un libro que habla del Delta del Tigre, sino un ensayo de política poética que se permite territorializar con los desechos, los movimientos, la inestabilidad, lo accidental, todo lo que no perdura y en ese sentido, se le escapa a la mera escritura.

Bibliografía

Bachelard, G. (2011). *El agua y los sueños*. México: FCE.

Cófreces & Muñoz (2010). *Tigre*. Buenos Aires: Ediciones en Danza.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

Deleuze, G. y Parnet C. (2002) *Diálogos*. Madrid: Editorial Nacional.

Maccioni, F. (2016). “En el umbral de las voces anfibias: el imaginario acuático en la poesía argentina contemporánea”. *Anclajes*, vol. 20 Nro. 2, pp. 33 – 50.

Madariaga, F. (2009) *Un palmar sin orillas*. Buenos Aires: Ediciones en Danza.

Milone, G. (2014). *Pensamiento filosófico y experiencias religiosas en la poesía argentina contemporánea*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Monteleone, J (2003). “Paisajes de la imaginación poética”. *Revista Todavía*. Buenos Aires: Fundación OSDE.

Monteleone, J (2003). “Materia e imaginario poético” en Antelo y Reales (org), *Argentina: texto tempo movimiento*, Santa Catarina: Letras contemporáneas.

Quintana, I (2011). Expresiones literarias y estéticas sobre el Bajo Delta Insular. *El patrimonio natural y cultural del Bajo Delta Insular del Río Paraná. Bases para su conservación y uso sostenible*. Buenos Aires: UNSAM, Comisión Ramsar, Secretaría de Medio Ambiente.

Páez, R. (2013). *Poéticas del espacio argentino: Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga*. Buenos Aires: Mansalva.

Rosa, N. (1997) *La lengua del ausente*. Buenos Aires: Biblos.

Sarmiento, D. (2011). *El carapachay*. Buenos Aires: Eudeba.

Sastre, M. (2017). *Un paseo por las islas (y otros textos de El Tempe argentino)*. Buenos Aires: Ediciones en Danza.